

WEILER, Vera (coord.) (2011). *Norbert Elias y el problema del desarrollo humano*. Bogotá: Ediciones Aurora / Universidad Nacional de Colombia, 194 páginas. ISBN: 978-958-9136-58-4

En un momento de la larga entrevista que da forma a la autobiografía vital e intelectual de Norbert Elias (*Mi trayectoria intelectual*, Península, 1995), éste confesaba una de sus principales inquietudes; no otra que saber si su obra tendría continuidad en generaciones venideras. A día de hoy, esa inquietud tiene poca razón de ser. Elias es ya un clásico de la sociología y sus trabajos han merecido y merecen continuas lecturas, críticas, alegatos de defensa, revisiones y ampliaciones. En definitiva, el típico tratamiento que se dispensa a los clásicos. En este sentido, el volumen que aquí se reseña se une a ese corpus de contribuciones que engrosan el campo de estudios de inspiración eliasiana. Con todo, difiere en mucho de lo que es habitual entre esas contribuciones, al discutir, en particular, cierta ortodoxia interpretativa tácitamente aceptada en torno a Elias y al contrariar, en general, la verborrea y la confusión postmodernas en busca de bases sólidas para el conocimiento.

El trabajo coordinado por Vera Weiler resulta extemporáneo en el mejor sentido de la palabra. Tras tanto giro lingüístico-constructivista-cultural que ha convertido la sociología en un pantano de penosa navegación, nos situamos ante una serie de textos en los que late la más antigua y convencional pulsión sociológica: concebir una teoría general y sistemática del fenómeno humano y social. Hace mucho tiempo que la sociología abandonó esta pretensión por irrealizable o presuntuosa. Del mismo modo, por convicción o incapacidad, fue dejando de lado la vocación de totalidad con la que nació para ocuparse de asuntos cada vez más acotados. Así, las grandes teorías se disolvieron en un haz casi infinito de pequeñas verdades coyunturales. Como acertadamente se

afirma en la introducción, los sociólogos pueden hablar de su quehacer en términos de «ciencia social». También en clave de «simple literatura» o «narrativa» sin visos ni anhelos de exactitud científica. Empero, nada de esto se interpreta como «una contradicción escandalosa que convendría resolver» (p. 7). A no alimentar tan esquizoide panorama se destina este libro apostando por la ciencia frente al hartazgo postmoderno. Y se trata de una apuesta original e inteligente teniendo en cuenta que, actualmente, quizá lo más innovador sea confeccionar trabajos clásicos en su metodología, objetivos y temas.

La apertura corre a cargo de Gina Zabludovsky con un capítulo en el que se exponen las líneas maestras del pensamiento sociológico eliasiano: la crítica a los modelos del *homo clausus* y del *homo sociologicus*, su énfasis en la noción de *interdependencia* como solución a falsas dicotomías —«acción/estructura», «micro/macro»— o la concepción de los procesos sociales como desarrollos dinámicos de figuraciones a largo plazo son aspectos que la autora conecta con aportaciones de algunos de los más renombrados teóricos actuales (Beck, Giddens y Bauman). Elias es aquí, si queremos, el personaje central a través del cual se apuntan las cuestiones substanciales que conforman el núcleo del libro. Desde aquí adoptará una posición, en muchos casos, secundaria, pues los autores se ocupan de Elias, pero no sólo de él: como reza el título, el hueso que hay que roer es el duro y complejo «problema del desarrollo humano». Es en este punto cuando los siguientes capítulos van a alejarse de la ortodoxia interpretativa tejida alrededor de Elias; una ortodoxia que incluso ha acuñado su propia denominación —*sociología figuracional*, a despecho del

adjetivo *procesual* preferido por Elias— y ha alcanzado recientemente su reconocimiento institucional con el estatuto de grupo de trabajo dentro de la Asociación Internacional de Sociología (ISA). Lo cierto es que esa ortodoxia se ha ocupado prioritariamente de la vertiente sociogenética orillando los temas relacionados con las estructuras psíquico-cognitivas. En otras palabras, el «problema del desarrollo humano» ni ha sido un problema ni los ha dado. Frente a la ortodoxia, el libro reivindica una orientación acentuadamente psicogenética en consonancia con la idea de que es ésta la columna vertebral de la obra de Elias (p. 15).

A primera vista, no estaría exenta de problemas esta identificación de lo psicogenético con esa supuesta columna vertebral. Recordemos que la ortodoxia interpretativa de los que, según Weiler, «hasta ahora han ejercido como los herederos consagrados de Elias» entiende que esa columna vertebral es, al contrario, el factor sociogenético. De esta guisa, el lector no sabría bien qué razones se aducen para decantarse por uno de los dos lados. A pesar de todo, razones a este libro no le faltan, tal y como veremos más adelante. Dejando a un lado esta controversia, sí cabe reconocer la ambición de su propuesta global: caminar hacia una reconstrucción psicogenética integral del género humano. Enfatizo la palabra «género» porque de lo que se trata es de avanzar en la elaboración de una teoría histórico-genética de la cultura poniendo de manifiesto, con el material empírico adecuado, cómo cada época posee un hábito mental que le es característico, cómo éste se transforma en una dirección detectable a largo plazo y cómo estos cambios explican el desarrollo de la economía, la sociedad, la política y la cultura, al tiempo que estas dimensiones repercuten en la psique humana. He aquí materializada esa pulsión clásica de la sociología a la que antes se aludía: confeccionar una teoría total de la civilización, algo a lo que Elias contribuyó, pero que, a juicio

de Oesterdiekhoff, no consiguió llevar a buen puerto. Es precisamente el capítulo de este autor el que se presenta como promesa de tal teoría.

Utilizo la palabra «promesa» puesto que desconozco la extensa obra de Oesterdiekhoff acerca de las relaciones entre la evolución de los dispositivos psíquicos del ser humano y la historia de la humanidad. En consecuencia, carezco de competencia para juzgarla y sólo queda aguardar lo que se anuncia en la bibliografía como un trabajo en preparación —*The Evolution of Mind and Social Transformations: The Interrelationship between Cognition and Society in World History* es su sugerente título— que podría proporcionar una idea cabal de sus numerosas aportaciones al tema en cuestión. Mientras tanto, sí parece más factible adentrarse en los presupuestos que guían su perspectiva analítica tal y como los expone en este libro. Oesterdiekhoff ha desarrollado una sociología genético-estructural explícitamente basada en la psicología del desarrollo. Esta sociología ha dotado al concepto de psicogénesis de un contenido riguroso y empíricamente contrastable recurriendo a la antropología, la etnografía, la historia y la psicología. En suma, un concepto científico de psicogénesis del que Elias carece. A partir de aquí, el autor se vale de la analogía —esta sí, profusamente empleada por Elias—, que establece un correlato entre la evolución psíquica de la humanidad y la del individuo. Se estaría en condiciones de probar cómo la estructura psíquica de los hombres premodernos nunca superó un estadio que la psicología del desarrollo identifica genéricamente como «infantil». O más específicamente, cómo no fue sobrepasada a gran escala por parte de las poblaciones la fase preoperacional —en terminología piagetiana— y cómo sólo una parte exigua de las mismas alcanzó un tipo de pensamiento formal-operacional. No acceder a ese tipo de pensamiento determinó un contexto socioinstitucional específico que, a su

vez, no presionó en pos de una mayor sofisticación en el desarrollo psicológico. En opinión de Oesterdiekhoff, la *cross cultural psychology* demuestra inequívocamente que este planteamiento es esencialmente correcto. Esto es, el autor viene a confirmar el carácter «infantil» de las sociedades primitivas —que Elias esbozó pero no probó—, con lo cual demuestra la plausibilidad científica de la analogía entre humanidad e individuo en términos de desarrollo mental.

Es obvio que lecturas de este porte se enfrentan, en sus versiones más leves, a la acusación de etnocentrismo y, en sus modalidades más extremas, a los cargos de colonialismo y racismo. Sin embargo, esas críticas pueden ser apresuradas o injustas cuando se atiende con atención al planteamiento de Oesterdiekhoff. Éste no teoriza en momento alguno una suerte de inferioridad psíquica intrínseca del hombre premoderno. Antes bien, pone en conexión el desarrollo psicológico-cognitivo con el contexto social, lo que le vale para concluir que: *a)* ese hombre premoderno no fue incentivado por su medio para sofisticar ese desarrollo, y *b)* cualquier ser humano inmerso en un contexto moderno tenderá a sofisticar y complejizar su estructura psíquica. Así pues, Oesterdiekhoff enuncia una fundamentación empírica y teórica de la noción de psicogénesis, que en Elias resulta imprecisa e incompleta. El capítulo de Vera Weiler viene a decirnos que el propio Elias tuvo a su disposición las herramientas para suplir esas fallas, pero que no lo hizo. El porqué lo desconocemos y, tras leer a la autora, ese desconocimiento se transforma en estupefacción: ¿no lo hizo o no quiso hacerlo?

Weiler se ocupa de uno de los más insondables misterios que rodean la obra de Elias: su no reconocimiento explícito de las que fueron sus fuentes intelectuales. Abiertamente, se limitó a citar a Freud como pilar de su pensamiento y, a partir de ahí, poco o nada más. Pero Elias no fue ajeno a los avances que se fueron

concretando en psicología del desarrollo a lo largo del primer tercio del siglo XX. No lo fue porque éstos se produjeron en su propio medio cultural e intelectual y, por ello, le eran cercanos. Añadamos que Elias estudió psicología en la Alemania de los años veinte, lo que hace aún más inverosímil que no tuviera conocimiento de los mismos. Así, trabajos como los de Karl Lamprecht, Felix Krueger o Heinz Werner dieron contenido y fundamento al viejo paralelismo entre el desarrollo cognitivo de la humanidad y el de los niños; una conexión entre filogénesis y ontogénesis sobre la que Elias construyó, en gran medida, *El proceso de la civilización* (1939).

Weiler proporciona pruebas veraces en este sentido, tanto directas como indirectas, por lo que aquel misterio que se decía insondable deviene algo menos enigmático. En muchas ocasiones se le ha achacado a Elias cierta rancanería o incluso deshonestidad por no revelar sus fuentes. Sin afirmarlo abiertamente, Weiler apunta en esa dirección. Sin embargo, de la lectura de este capítulo, se desprende una conclusión de mayor calado que poco tiene que ver con estas, por llamarlas de alguna manera, miserias intelectuales. La importancia que para Elias tuvo el eje psicogénético lleva a Weiler a sostener que fue éste el asunto clave que empujó al autor a investigar el proceso civilizatorio. De esta forma, los continuadores de la obra de Elias, aquellos «herederos consagrados» que han fijado cierta ortodoxia interpretativa, habrían, paradójicamente, subvertido la intención original de su maestro anteponiendo lo sociogénico a lo psicogénico. La reivindicación del eje psicogénico, que en este libro es fundamentalmente una reivindicación programática, no parte simplemente de la constatación de que los «herederos» hayan descuidado la dimensión psicogénica durante todos estos años. El acierto de Weiler estriba en apoyar su reivindicación en la demostración de que dicho eje fue una preocupación seminal en Elias y

que semejante descuido no haría justicia a sus propósitos originales.

Esa reivindicación encuentra una sugerente concreción en el capítulo que firma Federico Benninghoff. El autor realiza un interesante ejercicio de integración entre psicogénesis y sociogénesis, analizando la importancia de la cartografía en la construcción del estado en Argentina. Serán precisamente esos mapas los que nos hablen del desarrollo psíquico-cognitivo de quienes los han confeccionado y han de leerlos, así como de su capacidad para representar y comprender diferentes nociones de espacio. Benninghoff ilustra, a través del triángulo «psicogénesis-espacio-cartografía», las implicaciones recíprocas entre conocimiento y desarrollo estatal en la ampliación de la frontera argentina sobre La Pampa. He aquí el contrapunto empírico en un volumen de impronta teórica que se cierra, obviamente, con más teoría. Encontramos, así, el ensayo de Laura Ibarra, cuya misión es la de elaborar un estado de la cuestión sobre la teoría histórico-genética. Es de especial interés su síntesis de los presupuestos fundamentales que ésta maneja.

Por último, resta apuntar la extrañeza que provoca el capítulo de Ademir Gebara en el conjunto del volumen. Se trata de un trabajo sobre la recepción y difusión de la obra de Norbert Elias en Brasil que en nada se ajusta al título del libro, ni a su propósito ni a su línea temática. Es decir, un completo extraño en medio de trabajos coherentes entre sí al que difícilmente se le puede encontrar justificación y pertinencia. Un borrón, pues, en un libro bien articulado y de sumo interés que rescata algunas de las grandes cuestiones de la sociología problematizándolas y ofreciendo al lector una propuesta para su superación. Y un libro que es también una llamada de atención: no siempre los «herederos», consagrados o sin consagrar, tienen razón.

*Fernando Ampudia de Haro*

Universidade Nova de Lisboa.

Instituto de História Contemporânea

(IHC)

Universidade Técnica de Lisboa.

Instituto de Ciências Sociais e Políticas



PLEYERS, G. *Alterglobalization, becoming actors in the global age*. Cambridge: Polity Press, 2010. ISBN: 9780745646763

En este libro, el sociólogo Geoffrey Pleyers, de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), nos ofrece un análisis científico del movimiento social *alterglobal*, sus aportes políticos y los desafíos que afronta tras diez años de existencia. El prólogo del libro está escrito por el conocido especialista en movimientos globales Alain Touraine. Touraine afirma que la globalización ha sido el aspecto más inquietante de un capitalismo que aún hoy dirige Estados Unidos. En los últi-

mos años, ha surgido un movimiento que defiende los intereses de los grupos perjudicados por la globalización. Según el autor, el movimiento debe denominarse *alterglobalización* y no *antiglobalización*, puesto que no pretende detener el proceso de globalización, sino que busca una globalización alternativa. El movimiento, que se inició con el FSM (Foro Social Mundial), celebrado en Porto Alegre en el 2001, tiene hoy resonancia a lo largo de todo el planeta.